

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Advertencia.* = *Teatro Principal, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.* = *Geroglífico.*

Advertencia.

El retraso que experimenta el vapor que ha debido traer los figurines destinados á repartirse con el primer número del mes, nos fuerza á suspender la distribucion del cuaderno hasta el próximo Domingo, época para la cual deben estar aquellos en nuestro poder.

TEATRO PRINCIPAL.

El Relámpago.—Libertad en la cadena

Después del interregno cuaresmal ha vuelto á abrir sus puertas este coliseo, aunque con su mismo pelo y su lana, es decir, sin que se hayan hecho en él ninguna de las mejoras que parece se proyectaron, ignorando nosotros si su *statu quo* ha provenido de falta de tiempo ó de dinero; razones ambas á cual mas lejitimas para aplazar, ya que no pára renunciar definitivamente á todo pensamiento.

Pero decimos mal: algo se ha hecho aunque poco, si bien hubiera sido mejor que eso poco se hubiese hecho de otra manera. Hablamos de los dos reverberos que se han colocado en la embocadura del escenario, donde en efecto hacia falta mas luz; pero es el caso que como están incómodos á los espectadores, cuando con haberlos vuelto hacia adentro todo estaba remediado sin molestia de los ojos de nadie, y lo que algo vale tambien, sin la fealdad que producen aquellas dos luces vergonzantes, que en el hecho de verse desde fuera ya destruyen toda la ilusion de las decora-

MAYO.

ciones y conculcan todos los principios del arte escenógrafo

Hecha esta advertencia, en cuya oportunidad no habrá quien no convenga, pasemos á decir algo de las funciones ejecutadas.

De *El Relámpago* nada tendríamos que decir á no ser porque en él se han presentado algunas nuevas partes. Principiaremos por la Sta. García, que bien lo merece, aunque solo tuviese en su abono los fueros del sexo.

Es esta una jóven de buenas maneras, de condiciones teatrales, muy regular actriz, de agradable voz y que posee un buen método de canto. El público la acogió desde luego con benevolencia, y los aplausos con que premió sus esfuerzos debieron persuadirla de que estaba contento de la nueva adquisicion hecha por la empresa. En su duo con la Sra. Solera compartió con ella las palmadas que siempre se tributan á una artista que á fuerza de mérito y de modestia ha logrado captarse las simpatías de los concurrentes á este teatro.

La posicion del Sr. Fernandez (D. Eugenio) era algo mas embarazosa. El recuerdo de la bellísima voz de Grau estaba demasiado reciente; pero lo que en este punto podia desmerecer el nuevo tenor, lo compensaba con la seguridad de su canto, con su buena vocalizacion y con sus dotes de actor. Arrostró la prueba con felicidad y fué aplaudido.

Nos permitirá, sin embargo, una observacion que por otra parte en nada afecta su mérito de artista. ¿Por qué saca aquel extraño traje que ni ha sido el de los marinos de ninguna época ni cuadra con el calor de las Antillas? Apelamos á su ilustracion y á su buen juicio.

El nuevo tenor cómico no es ni con mucho lo que hubiéramos deseado, ni lo que habria deseado el público. Sentimos en el alma haber de decirlo así; pero nuestra conciencia de periodistas lo exige.

En general, la zarzuela se cantó mejor que antes. Su colorido era otro.

Al inmediato dia funcionó la compañía dramática, porque con gran placer nuestro, y de muchos tambien, la empresa ha reunido los suficientes actores para que este nuevo espectáculo alterne con el de la zarzuela. Ejecutóse una comedia nueva, de autor hasta ahora no conocido, pero que promete serlo dentro de poco si sigue como ha empe-

zado. Llámase el Sr. Marco, si no leímos ó si no recordamos mal, y su produccion lleva por título *Libertad en la cadena*. De ella vamos á ocuparnos brevemente.

Es, pues, una familia compuesta de padre, madre y dos hijas casaderas, cada cual con su respectivo novio, si novio puede llamarse á quien no ha soltado aun la palabra crítica y sacramental de consorcio. Las niñas, exigentes de suyo, lo son mucho mas por los consejos de la madre, señora feroz, que despues de haber dado una vida de perros á su marido, hombre amilanado y para poco, pretende trasmitir á sus hijas por via de herencia la facultad de esclavizar á sus futuros convirtiéndolos en galeotes del matrimonio. La empresa parecia fácil respecto al amante de la mayor, que ciegamente enamorado por una parte, y por otra hombre de menos fibra que la que habia menester en tal empeño, se habia resignado con su cadena, sin que las cada vez mas crecientes exigencias de su amada fueran bastantes á hacer que la rompiese, por mas que la tal cadena hubiese llegado á hacerse insoportable.

Los enamorados raciocinan siempre mal: así el novio en cuestion, para poner coto á aquella insufrible tiranía, discurre un medio peregrino, y es el de casarse; porque imagina que, seguro con la posesion de su amada, esta no podrá ya apelar al recurso del desden y de la suplantacion que le aterra, y él se hallará entonces en el caso de hacer respetar los derechos de marido. De cierto no tuvo presente el tal que las mujeres tienen un modo peculiar suyo de entender y de aplicar á la epístola de S. Pablo sobre el matrimonio.

Mientras maduraba este propósito, la madre, amiga de forzar las cuestiones, tenia formado el suyo de promover una esplicacion con el novio y de presentar su *ultimatum*, ó lo que es lo mismo, aquello de herrar ó quitar el banco; pero hemos dicho que aquí danzaba un novio número dos, y como el ataque habia de ser simultáneo, forzóse al bueno del papá á que se encargase de catequizar al segundo. No esperó el primero, como se ha dicho, la esplicacion materna, y todo quedó pronto arreglado; pero el otro, mas recalcitrante, manifestó al que pugnaba por ser su suegro que le era imposible casarse porque se hallaba muy ocupado escribiendo una comedia; razon que el padre halló tan valedera cuanto que dejó de insistir, aun esponiéndose, como sucedió, á las terribles iras de su esposa.

El proyectado casamiento verificóse al fin, y la familia se aumentó con una nueva víctima; porque las exigencias en vez de disminuir crecieron de un modo fabuloso, y del que habia sido un amante sumiso se hizo un marido mártir. Prohibiósele todo trato con los amigos, todo saludo á las amigas, el salir á la calle sin su apéndice matrimonial, el asomar á la ventana su cara sin la cara de su muger, y la menor infraccion era castigada con riñas, amenazas, conatos de llanto y amagos de nervios; de todo lo cual se reia en son de burla su compañero el literato, quien cada vez se mostraba mas satisfecho de que sus ocupaciones no le

hubiesen permitido apechugar con la hermana, es decir, con el segundo tomo de aquella obra.

Forzóse tanto la cuerda que al fin hubo de saltar. El nuevo marido, viendo inminente la ruptura, resolvió á muerte ó á vida tomar la iniciativa en ella por medio de una separacion, señalando á su esposa rentas con que viviese. La medicina hizo su efecto, porque mas que el carácter, la educacion y los consejos maternos habian sido los móviles de su conducta. Satisfecho el esposo con las sinceras muestras de arrepentimiento de su mujer, la vuelve á su gracia, tomando para hacerlo la medida forzosa de sustraerla á la maléfica influencia de aquella hiena con enaguas. El amigo poeta, cuyas ocupaciones no habian terminado aun, anuncia que ha concluido su primera comedia, que ha sido admitida, y que lleva por título: *Libertad en la cadena*.

La crítica podria hallar en ella algunas faltas; pero esta tarea ingrata debe ceder el puesto á otra mejor, la de encomiar tantas bellezas de pormenor, tantas gracias de buen género las mas, situaciones tan cómicas, caracteres tan típicos. Hizonos reir grandemente, y tiempo ha que risas tan cordiales y tan estrepitosas no han resonado en aquel teatro. Verdad es que el Sr. Sanchez Albarran, encargado del papel del viejo papá, estuvo en él delicioso. Estamos seguros de que no puede tocarse mejor.

Bien estuvieron en los suyos la Adela Alvarez y la joven Castro, aunque el de esta última sea muy poca cosa. El nuevo galan joven Sr. Camino tiene soltura en la escena, sabe su papel y lo dice bien. A veces la vehemencia de su gesticulacion y lo precipitado de su decir pecan de exceso; pero semejante defecto, cuando lo es, no es difícil de corregir: el contrario sí lo fuera. El Sr. Fernandez, nuevo tambien, en lo poco que tuvo que hacer no desentonó el colorido del cuadro; coadyuvando por tanto al éxito de la produccion, que fué altamente satisfactorio.

Despues de esta obra tan llena de vida, la pieza *Alza y baja* pareció todavía mas lángida y mas pesada de lo que ella es en sí, y cuenta que no es poco.

La falta de espacio nos fuerza á reservar para otro número la zarzuela nueva *Moreto*, y la comedia *D. Tomás* posteriormente ejecutadas.

Como se ve, tenemos hoy además de una compañía dramática otra de zarzuela. Ya esta es una mejora, que se irá apreciando mas y mas en proporcion de que el público vaya volviendo en sí y tomando otra vez el gusto á la buena comedia y al buen drama; en suma; á lo que es verdaderamente genuino en el arte.

Por algo se empieza.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

—Aunque fuese así, os quedan vuestra seguridad y vuestra conveniencia.

—Explicaos, Ana, dijo Juan que estaba en extremo demudado.

Pedro por el contrario, se encogió de hombros y añadió con frialdad:

—No os comprendo, condesa.

Ana le cogió una mano y añadió casi desesperada:

—Sois un insensato, primo mío; el cielo sabe que al ver vuestra cándida confianza, vuestra inesperienza, vuestra ignorancia feliz, hubiera preferido callar; mas ya que me obligais á decirlo todo, escuchadme y estremeceos. ¿Amais mucho á Doña Elvira de Pastrana?

—Mas que á mi vida, señora.

—En ese caso llorad vuestra pasión y despedíos de ella.

—Me estais asustando, condesa.

—Hace poco que os lo manifesté y vuelvo á deciroslo: Elvira no será vuestra, como tampoco lo será de Benavides. Sabeis por qué?

—No, explicaos.

—Porque el rey ha puesto los ojos en ella.

—Fatalidad! imposible! exclamaron á la vez Juan y Pedro.

—Solo hay un camino para salvaros y salvarla, dijo Ana con intencion.

—Decid cual, murmuró Pedro arrojándose sobre el sillón que antes ocupaba.

—Robarla y partir á Tordehumos con ella, repuso Ana. Quereis hacerlo así, Pedro?

—Nunca! nunca! yo no puedo daros crédito, condesa.

—En ese caso me veo precisada á dejaros; me habia conducido aquí el deseo de salvaros y os habeis mostrado inflexibles.

—La muerte antes que ser traidores.

—Es esa vuestra última resolución, Pedro?

—Sí.

—Y la vuestra, Juan?

—La misma; somos inocentes y el cielo velará por nosotros.

—Está bien; que Dios os proteja, primos.

—Id con él, condesa; respondieron los dos Carvajales á una vez acompañándola hasta los umbrales de su casa.

Doña Ana se habia colocado su barba postiza y cubierto el rostro con la capucha de su hábito. Al salir á la calle se halló con varios hombres mis-

teriosos que la esperaban impacientes. Ella se acercó entonces al grupo y dijo con voz firme pero baja:

—Está todo prevenido?

—Sí, contestaron ellos.

—Pues á Tordehumos, replicó la condesa; á Tordehumos todo el mundo y suceda lo que Dios quiera.

Cinco minutos despues la calle estaba desierta y silenciosa. El alba iba colorando los cielos y Valladolid parecia próxima á despertarse.

CAPITULO IX.

El rey D. Fernando IV de Castilla se paseaba impaciente por su real cámara. Hallábase en uno de aquellos momentos de mal humor que tan temibles eran en él y que por fortuna no le acometian con frecuencia, sino muy de tarde en tarde. Este desasosiego parecia haberse comunicado por una corriente eléctrica á los cortesanos que á la sazón se hallaban reunidos en la antecámara, llamados por el rey la mayor parte de ellos y esperando todos sus órdenes.

Reinaba grande agitacion en el palacio, y sin embargo no se oia una voz mas alta que otra; todos hablaban bajo y con misterio, preguntándose los unos á los otros: "qué ocurre?" y nadie sabia mas que el que deseaba saber. Iban y venian los unos; entraban y salian los otros; pero todos demostraban con su aparente reserva que aquella intranquilidad era imponente como el silencio, que segun Doña Ana habia dicho muy bien, precede siempre á los grandes acontecimientos.

D. Alonso, señor de Molina y el caballero Benavides, personas ambas muy queridas del monarca, sostenian un diálogo, que á juzgar por las apariencias, debia ser sumamente animado, cuando acertaron á pasar por junto á ellos los hermanos Carvajales. D. Alonso al verlos se sonrió maliciosamente y tendiendo una mano á Pedro le dijo:

—Qué hay de nuevo? Os ha llamado tambien el rey?

—Sí; una orden suya nos ha hecho venir.

—Lo mismo que á nosotros, repuso Benavides.

—Como á casi todos los que aquí se encuentran, añadió D. Alonso. Qué querrá decir esto? continuó interrogando á los recién venidos.

—Nada sabemos, dijo Juan; pero desde luego se advierte aquí cierta fermentacion en los ánimos difícil de reprimir, y que sin duda significa mucho.

—Sí, dice mucho; volvió á responder Benavides con intencion; pero dice mucho solo á los traidores que á todo trance se han propuesto turbar el buen orden; pero esta vez por mi fé que lo pagarán bien caro; no ha de servirles de antídoto su fingida modestia.

—Con que hay traidores? contestó Pedro que habia conocido toda la malicia que encerraban las palabras de Benavides. ¿Y dónde se ocultan los traidores que el rey no hace un escarmiento con ellos? volvió á decir tranquilamente.

—Dónde? continuó su interlocutor con ironía.

¿Vos preguntais que dónde?... En la corte muy tranquilos y sosegados; en el alcázar tal vez, haciéndose los inocentes y aparentando que todo lo ignoran.

—Sois vos acaso? preguntó Pedro irguiendo su cabeza con ademan desdenoso.

—Yo traidor! exclamó su antagonista llevando la mano al pomo de su espada y con los ojos inyectados en sangre.

—Sacad vuestro acero, dijo Juan; mi hermano no os teme.

—Temerle!... repuso este con acento despreciativo.

—Haya paz, señores, haya paz; exclamó D. Alonso poniéndose en medio de los contendientes; si S. A. se enterase de lo que aquí ocurre, de seguro alguno de vosotros lo pagaría. Cuidado, amigos míos, cuidado; el rey está de pésimo humor. Por otra parte, qué diablos! el amigo Benavides no ha creído ofenderos con sus palabras; las ha podido decir aludiendo á cualquiera otro, pues ya sabeis, querido Pedro, que el infante D. Juan y el de Lara tienen muchos partidarios que son traidores al rey y que, segun se dice, conspiran abiertamente en contra de S. A. Por esta razon sin duda hemos sido llamados hoy todos al alcázar.

—Pues ya sabeis mas que nosotros, dijo Pedro con su calma habitual; por lo demás, si las palabras de este caballero no iban dirigidas ni á mi hermano ni á mí, desde luego retiro la pregunta que le hice.

—Vamos, añadió D. Alonso dirigiéndose á Benavides, y ganoso que aquella cuestion terminara; dad la mano á Pedro y todo queda concluido. Los cortesanos han observado algo de lo ocurrido y sus miradas se fijan investigadoras en nosotros: por Dios que no llegue á traslucirse un síntoma de desunion entre los buenos súbditos del rey, lo cual le perjudicaria mucho en el estado en que hoy se encuentran las cosas de Castilla.

Benavides por toda respuesta alargó su mano á Pedro que aparentó no haberla visto; pero Juan observando que todos los palacios fijaban en ellos su atencion, dijo á su hermano:

—Pedro... por el rey.

—Por el rey; repitió este alargando la mano que apenas llegó á tocar la de su adversario.

—Así es mejor, exclamó D. Alonso rodeando la cintura de Juan con uno de sus brazos; y ahora que ya somos otra vez amigos como Dios manda, si os place, hablemos de otra cosa... de amores por ejemplo.

—Sí, contadnos algo de nuevo, vos que sois tan afortunado en esos lances, repuso Juan en tono de buen humor.

—No soy solo, amigo, no soy solo; contestó D. Alonso; hay otros que me aventajan en suerte, y puedo probaroslo con el relato de una aventura bastante curiosa que ha tenido lugar la noche pasada, en una de las calles adyacentes á la vecina iglesia de S. Pablo, y de la cual he sido testigo sin saber como.

—Vos!

—Yo; y tal vez algun otro de los que me oís, haya podido tener parte en ella, aunque todo lo ignore, puesto que esto sucedia cerca de la casa de su dama.

—De su dama! dijo Benavides sorprendido.

—Y qué sucedia? preguntó Pedro tranquilamente.

—Os lo contaré; pero ante todo, señores, os exijo que guardéis fielmente el secreto de lo que voy á relataros.

—Concedido, contestaron todos á la vez.

D. Alonso se frotó alegremente las manos, miró con malicia á Benavides y dijo:

—Ya sabeis, señores, que siempre he sido aficionado á las hijas de Eva, sobre todo cuando estas son lindas. Ha dias pasaba yo por una calle no muy lejana de aquí cuando quiso la casualidad que viese una jóven de sobrehumana belleza. Qué rostro! qué cuerpo! qué hermosura! Renuncio desde luego á haceros la descripcion de aquel ángel, porque seria inútil querer pintaros una cosa tan perfecta. Solo os diré, que me sentí como subyugado por sus hechizos y que la seguí hasta la casa que, sin duda debe habitar, como si me empujase en pos de ella una fuerte y desconocida atraccion. Por mas preguntas que la hice y por mucho que la supliqué, no pude obtener de ella una sola respuesta ni oí el metal de su voz; pero la dueña que la acompañaba, me dijo con aire misterioso al tiempo de cerrar la puerta de la casa donde entraron: "Esperad." (Se continuará.)

Solucion del geroglífico anterior.

Media vida es la candela; pan y vino la otra media.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

